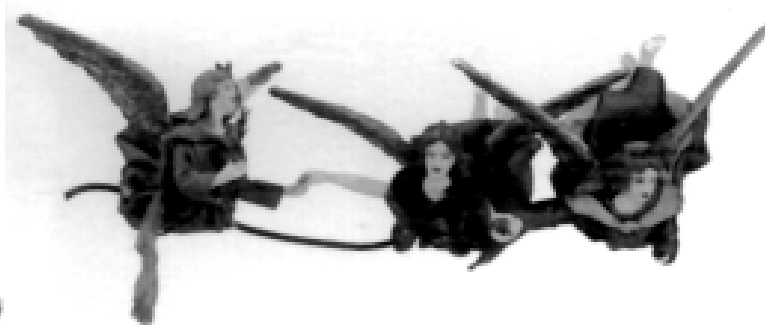


Nochebuena del 2500

Ramón Gómez de la Serna



Ramón Gómez de la Serna es sin duda uno de los autores más entrañables de nuestra lengua. Rescatamos un cuento navideño casi desconocido así como una selección de sus famosas greguerías, esos hallazgos verbales que combinan de manera lúdica la metáfora y el aforismo y que definieron el estilo original e incomparable del gran escritor español.



En esa opción mágica que hay para el hombre solitario y en estado de fervor consintiéndole que opte por una u otra Nochebuena, el ángel navideño tuvo la caridad de ofrecerme una fiesta a elegir en el pasado o en el presente.

—¿Y por qué no en el porvenir? Me gustaría una Nochebuena del año dos mil quinientos —le insinué inquisitivo.

El ángel igneo de las Nochebuenas me miró sorprendido y después dijo:

—Imposible no es, porque en el escenario giratorio del tiempo tenemos preparadas Nochebuenas hasta no se sabe cuándo... Pero hay que hacer girar mucho el zodíaco de las noches...

Un momento se quedó meditando el ángel de las alas de nieve y después me preguntó:

—¿Y en qué ambiente quisieras vivir esa señalada noche del futuro?

Yo respondí súbito:

—En el ambiente de algunos de mis descendientes, es decir, de los descendientes de alguno de mis sobrinos.

El ángel de las Nochebuenas desapareció y al poco rato sentí que el suelo de mi habitación se movía de un modo vertiginoso como si fuese independiente al biombo de las paredes, y al cabo de su girovagiar vi que la puerta del fondo de mi despacho se comunicaba por un largo corredor iluminado con un salón incandescente de una luz extrañamente blanca.

Un altavoz, con tono de criado, me llamó por mi nombre y me rogó que pasase al comedor.

Avancé sin timidez dada mi fe en el ángel de las Nochebuenas y pronto estuve en el *luncheon*, lleno de gentes y de repostería.

Todos se volvieron hacia mí al darse cuenta de mi presencia.

Un joven que se parecía mucho a mí me dijo con entera confianza:

—¿Qué bien te has disfrazado de antepasado! ¿Dónde has podido encontrar esas flamantes ropas sin apolillar?

Me di cuenta ante estas palabras de que hay que disimular más que un crimen el haber suplantado al tiempo en el tiempo.

—¡Los excéntricos no desaparecen nunca! —exclamó una niña muy parecida a mi madre y que parecía hija del que se parecía a mí.

Observé que todos estaban vestidos con trajes especiales y sintéticos, con un brillo acerado, y que marcaban sus cuerpos como corazas de insectos libelulares. Era indudablemente la moda de dentro de quinientos años.

Las copas parecían de cristal, pero se tiraban al suelo y no se rompían, y las botellas eran muy largas y se movían hacia los comensales como por magnetismo.

Todo giraba como un *carrousel* en la habitación iluminada por fosforescencia mural, y de vez en vez parejas sentadas en asientos ascensores subían al techo y se perdían por agujeros que había en él.

—¿Vienes a la terraza? Se reirán mucho al verte —me dijo aquella tataranieta sobrina.

Acepté sonriente y, sentándome junto a ella en uno de aquellos sofás para dos, ascendimos a través de varias habitaciones extrañamente alhajadas y llegamos a una terraza con luces de campo de aterrizaje.

Todos los que había en ella estaban distraídos porque acababa de descender un autogiro, del que salían cuatro muchachos vestidos con sus elegantes trajes de celofán.

Un grupo de muchachas y muchachos sentados en unas butacas hechas con el material de las gafas de carey comenzaron a reírse estrepitosamente de mí.

Mi tatarasobrina, actuando en mi defensa, les dijo: —Es tío Fernando, que se ha disfrazado de siglo veinte.

Entonces me di cuenta de que actuaba por otro ya que me llamaban Fernando en vez de Enrique.

—Parece un hombre con pasiones humanas —dijo con ironía un muchacho rubio.

—Es incomprendible cómo un hombre con las cuarenta y nueve vacunas puede incurrir en una cosa así —añadió otro.

... el ángel navideño tuvo la caridad de ofrecerme una fiesta a elegir en el pasado o en el presente.

—No es más que por esta noche —les dije con desenvoltura extravagante, queriendo evitar sospechas y que me pusiesen las cuarenta y nueve vacunas.

—Por ser la noche tradicional no te tiraremos a la piletta —sentenció rotundo otro rubito que parecía un enorme langostino.

Haces de luz de focos que venían de lejos proyectaban en el aire figuras de color, retazos de películas, habiendo en esos cuadros del éter convertido en pantalla, canciones y palabras.

El espacio era una serie de pistas televisoras que no necesitaban ecra especial, materializadas, plástica y alto-parlantemente.

Era lo más chocante del tiempo nuevo y me sentía aturrido por aquella sucesión de diversiones que llenaban el espacio.

—¡Pero no se ven las estrellas! —exclamé ingenuamente.

—¿Ahora te enteras? —dijo burlona mi tatarasobrina y continuó con el mismo tono—. Parece que se te han pegado resabios ancestrales al ponerte ese traje; en una palabra, que eres un anticuado.

Como atraída por una de aquellas ventanas que daban a lo sucediente me dijo señalando la visión de un gran comedor de hotel atestado de concurrencia:

—¡Mira la gran gala del Hotel Asepsia!

Me fijé más en la televisión y descubrí la pista de cristal negro en que numerosas parejas bailaban espalda

contra espalda, como aprovechando el quicio de una puerta para rascarse.

Mi tatarasobrina me aclaró el caso diciéndome:

—Es el baile eufórico recién lanzado a la circulación... El "gala-gala".

En medio de toda aquella profusión de imágenes en que era fácil de ver la magia de las ondas, yo pensaba que estaba más enterrado que nunca el corazón humano. Se veía, lo que ellos no podían comprender, que el hombre era el mismo, pero más distraído de sí mismo, más alejado de su intimidad, más aturrido por la maquinaria de su alrededor.

Iba sintiendo un empalago profundo de aquella juguetería nueva en que todo era faramalla febril: la agilidad, las mesitas, las pastillas de aspirina y los termos rosas, azules, verdes que había por todos lados.

La extrañeza del otro tiempo no era épica sino mareante, como la primera vez que se entra y se comienza a viajar en el barco mejor y más nuevo de la Compañía con todas las perfecciones y todas las comodidades de un reciente progreso.

Buscaba una mecedora en que caer y recapacitar cuando cayó del cielo un velívolo sobre la terraza, cubriendo las cifras luminosas del número que estaba señalando en el pavimento.

Miré al que descendía del aparato y fui a lanzar un grito cuando descubrí en él a mi padre, es decir, a alguien que se parecía a mi padre con una identidad que él estaba muy lejos de sospechar.





Mi tatarasobrina, siempre al quite, me señaló como si fuese un tucán disecado y dijo al nuevo descendiente:

—Una broma de tío Fernando.

El parecido a mi padre dijo:

—¡Qué propiedad histórica!

Me quedé helado. Su voz era la voz de mi padre olvidada de que fue otra vez esa misma voz.

Aquella experiencia de mi padre, que no era mi padre, y que sin embargo era su resurrección, resultaba una burla excesiva del porvenir olvidadizo e incommunicado.

No podía resistirlo, porque no sólo estaba en él la desmemoria de mi padre, sino la desmemoria de mí, del hijo querido.

Comprendí que la desvariación del tiempo es una locura máxima como si la pervivencia de las futuras generaciones fuese un más allá insoportable en el no conocer que fueron teniendo, sin embargo, su mismo parecido.

Me entró una prisa demencial por huir para volver a ser el que era y abandonar aquella compañía de porveniristas parientes que me habían tomado por un viejo tío maniático.

Pedí a mi tatarasobrina que me enviase al comedor en uno de aquellos sofás ascensores. Así lo hizo.

En el comedor no había ya nadie, pero en sus espejos se veía lo que sucedía en los cuartos de la casa como vigilando a las parejas dedicadas a las pruebas del amor. Noté que reían y temí que ellos me viesan a mí también melancólicamente anacrónico y desorientado como criado en casa ajena.

Tenía permiso para una larga noche en otro tiempo y era un paso grave cancelar concesión tan importante, pero me corría prisa salir de aquella atmósfera y busqué con urgencia la puerta que daba al pasillo que comunicaba con el otro tiempo de mi modesto despacho.

La encontré y corrí como huyendo de un incendio, encontrándome al fin, como un naufrago que se recupera, sentado en el sillón de mi mesa, acodado sobre mis papeles, con la vista fija en el más allá y procurando hacer girar a mis pensamientos hacia el más acá.

Tardé en volver de una realidad a otra, lo confieso. No podía coordinar la sobria Nochebuena de mi tiempo, sin complicaciones, con sus sencillas radios, con su plan casero, cuando agarrándome al dato salvador, miré el almanaque y vi la fecha del día y las cifras del año.

Las ilustraciones que acompañan este texto pertenecen al libro *El sol en un pesebre* de Carlos Pellicer.